

## EL BONETE DEL NUNCIO

La *despersonalización* como figura literaria en la novela histórica

ENRIQUE DE LA LAMA

### 1. LA FONTANA DE ORO

Aquí está ante mí —o yo ante ella— *La Fontana de Oro*, primera edición de la primera novela escrita por D. Benito Pérez Galdós y publicada en la Imprenta de José Noguera y Castellano, en la madrileña calle de Bordadores, número 7. En ésta —en la edición primera— todavía muere Lázaro víctima de una canalla encerrona: «cayó hacia adentro<sup>1</sup>, arrojando sobre el hombro de la pobre Clara su cabeza ya sin pensamiento y sin vida...»<sup>2</sup>. Y Clara —solución romántica— no pudo superar el trance: «Decía también D. Claudio (y al contar esto se ponía siempre muy triste) que jamás había padecido tanto como presenciando la agonía de Clara, que sobrevivió sólo cuatro días a su desdichado amigo. Cayó en un profundo marasmo interrumpido por espantosos delirios. Reproducía la fatal escena, lloraba con un lastimoso quejido, como los niños abandonados, cuando buscan por las calles a cualquiera que pueda parecerse a un padre o a una madre. El día antes de morir estuvo completamente privada de sentido. Al parecer, el alma se había marchado impaciente y ella, la vida, continuó latiendo con creciente lentitud hasta que al fin se sorprendió de encontrarse sola y se paró»<sup>3</sup>.

Es de notar que el desenlace de la historia amorosa entre Lázaro y Clara —que es el hilo de *La Fontana de Oro*— no es el mismo según las ediciones. La edición de «Aguilar», por ejemplo, remata en un *happy end*: «Tantas precauciones no eran inútiles, y es seguro que sin ellas hubieran tenido los fugitivos un mal encuentro, y quizás alguna desventurada aventura que hubiera desviado las cosas del buen camino

1. Es decir: hacia el interior del coche en que huía.

2. *La Fontana de Oro*, 1.<sup>a</sup> ed., Madrid 1871, 407.

3. *Ibidem*, 408.

que llevaban. La inquietud de Lázaro y los sustos de Clara no concluyeron hasta más allá de Alcalá; y había realmente motivo para ello, porque el jurar de Coletilla contra su sobrino era tal —según informes adquiridos por el autor—, que había jurado quitarle la vida. Pero Dios lo dispuso de otra manera, y llevó sanos y contentos a la villa aragonesa a los dos principales personajes de esta verídica historia, los cuales, una vez descansados del viaje y repuestos del susto no pensaron más que en casarse; acertada idea que a toda persona en aquellas circunstancias se le hubiera ocurrido. En ningún apunte de los que el autor ha tenido a la vista para su trabajo, consta el día en que se casaron; pero está probado que no esperaron mucho tiempo, y que tuvieron venturosa sucesión. De esto son pruebas evidentes varios mocetones que, años adelante, vieron Bozmediano y el autor en un viaje que hicieron a un lugar de Aragón para asuntos que no vienen al caso»<sup>4</sup>.

El *happy end* se encuentra en prácticamente todas las ediciones de *La Fontana de Oro* a partir de 1885 y muy probablemente obedecía al más antiguo proyecto de Galdós. Es verosímil que el final trágico de la primera edición y de otras hasta 1885 correspondiese a la sombría reacción del escritor ante el asesinato, a balazos, del General Prim en diciembre de 1870. «Ese asesinato, que le produjo una terrible impresión, corrió por algún tiempo un velo de pesimismo sobre *La Fontana de oro* y sobre su visión del futuro de España»<sup>5</sup>.

Precisamente de diciembre de 1870 es la cálida advertencia que orienta al lector ante el frontispicio de *La Fontana de Oro*. Galdós, por esa época, alimentaba persuasiones conservadoras. Duro golpe el del atentado. Bajo su impresión van escritas —seguramente— estas palabras: «Los hechos históricos o novelescos, contados en este libro, se refieren a uno de los períodos de turbación política y social más graves e interesantes en la gran época de reorganización, que principió en 1812 y no parece próxima a terminar todavía. Mucho después de escrito el libro, pues sólo sus últimas páginas son posteriores a la Revolución de Setiembre, me ha parecido de alguna oportunidad en los días que atravesamos, por la relación que pudiera encontrarse entre muchos sucesos aquí referidos y algo de lo que hoy pasa; relación nacida, sin duda, de la semejanza que la crisis actual tiene con el memorable período de 1820-1823. Esta es la principal de las razones que me han inducido a publicarlo»<sup>6</sup>.

Se advierte así que, en *La Fontana de Oro*, lo de menos son el hilo de los amores de Lorenzo y de Clara. Lo de más —la médula de sus

4. *La Fontana de Oro*, en B. PÉREZ GALDÓS, *Novelas*, Aguilar, Madrid 1973, 190.

5. F. CAUDET, *Pérez Galdós*, en R. DE LA FUENTE (ed.), *Historia de la Literatura Española*, 36; F. CAUDET-J.M.<sup>a</sup> MARTÍNEZ CACHERO, *Pérez Galdós y Clarín*, Júcar, Madrid 1993, 47.

6. *La Fontana de Oro*, frontispicio en todas las ediciones.

páginas— es el sentimiento patrio, su índole de novela nacional, un cierto aire epopeico. Se ha podido decir que «*La Fontana de Oro* es la primera gran novela española de la época contemporánea»<sup>7</sup>.

Galdós era un narrador de temple varonil. Soltero empedernido, pero contador de cosas a los críos que le escuchaban embelesados. Al menos así iba a ser con los años. Pero... *natura non facit saltus*. Lo que aparece con los años, florece a partir de los gérmenes de la juventud. Nos parece verle relatando el dulce final de Lorenzo y Clara y el avenirse del activista político a la paz del campo: «Cómo se acomodó Lázaro en su pueblo y qué medios de subsistencia pudo allegar, es cosa larga de contar. Baste decir que renunció por completo, inducido a ello por su mujer y por sus propios escarmientos, a los ruidosos éxitos de Madrid y a las lides políticas. Tuvo el raro talento de sofocar su naciente ambición y confinarse en su pueblo, buscando en una vida oscura, pacífica, laboriosa y honrada, la satisfacción de los más legítimos deseos del hombre. Ni él ni su intachable esposa se arrepintieron de esto en el transcurso de su larga vida. Así, en tan dilatado período, el nombre de nuestro amigo, que había estado en candidatura, digámoslo así, para entrar en la celebridad, no figuró en la Gaceta Oficial, ni en listas de funcionarios, ni en corporaciones, ni en juntas, ni en nada que pudiera hacerle traspasar las fronteras de aquel reducido término de Ateca. Con paciencia y trabajo, fue aumentando la exigua propiedad de sus mayores, y llegó a ser hombre de posición desahogada»<sup>8</sup>.

Para el hombre del siglo XXI, acostumbrado a otro ritmo y a otro género de emociones, este final feliz resulta ingenuo. Trasciende a esencia conservadora. Un relato así gusta a los niños. Y no debe extrañarse el que lee, sabiendo que este Galdós es el mismo de *Doña Perfecta*, con todo su acíbar. En esta época de *La Fontana de Oro*, Galdós no era todavía amargo. Y tan Galdós es este perfecto madrileño que, a sus veintiséis años, se conoce al dedillo la Villa y Corte, como el otro que pone fuerza indomable y brutal cordialidad en *El Abuelo*. Esta consideración me parece importante para la conclusión que persigo: Don Gregorio Marañón, en su admirable comentario al *Diario* y a la psicología de Amiel, anota cómo en algunos solteros a quienes la diferenciación sexual conduce a la soledad, «el intenso amor a los niños» es «compatible, por explicable paradoja, con su sistemática actitud fugitiva ante el matrimonio». Y continúa más adelante: «La ternura entrañable hacia el niño es un rasgo típico de los hombres muy viriles y por eso —hemos dicho— es frecuente que éstos no se sientan fuertemente atraídos

7. F.C. SAIZ DE ROBLES, *Nota preliminar a La Fontana de Oro*, en B. PÉREZ GALDÓS, *Novelas*, cit., 10.

8. *La Fontana de Oro*, Aguilar, cit., 190.

hacia la niñez hasta muy tarde, hasta que su virilidad está en perfecto apogeo; a veces hasta que son abuelos». Suelen creer personas inexpertas que resulta «feminoide» la «maternalidad» afectuosa en el varón. «Este amor al niño no se encuentra, quiero repetirlo, en el tímido afeeminado ni en el Don Juan, también ajeno, invariablemente, a la emoción paternal. Recuerda mucho, en este sentido como en tantos otros, nuestro Amiel a Leonardo de Vinci, sexual solitario, probablemente influido, como ya hemos dicho, por un complejo de Edipo, y no —creo yo— de tendencia homosexual. Pues bien, Leonardo amó mucho a los niños. También Rousseau, cuya semejanza con Amiel hemos indicado varias veces». Y ahora el maestro Marañón aplica la lección al autor de *La Fontana de Oro*: «Y no puedo dejar de pensar ahora en Galdós —dice—, igualmente soltero, por probable influencia de la emoción materna, hombre superviril y mujeriego, aunque tímido con las mujeres; y de inagotable ternura para los niños, cuyos juegos compartía y a cuyas opiniones daba tanta importancia como a las sentencias de los adultos más conspicuos. Yo mismo guardo, como uno de los recuerdos más gratos de la niñez, el de mis conversaciones sobre viajes, astronomía, medicina, política, etc., con el gran escritor»<sup>9</sup>.

Abundan por eso en Galdós chispazos cómicos, relatos breves sumamente risueños, bromas sin historia a personajes de la historia, a papáveros eclesiásticos de la corte, si viene al caso. Tanto más gracioso, si el personaje es respetable. Lo de menos es entonces la historia seria y veraz de las personalidades: lo de más es hacer reír o sonreír al alma cándida. Decía Amiel: «Estas tonterías infantiles reposan el espíritu y rejuvenecen el carácter». Y Marañón añade refiriéndose a Amiel: «En otra ocasión, para hacer reír a su público infantil, intentó hacer bailar, como a un oso de feria, a un docto profesor de Filosofía»<sup>10</sup>.

Se explica que representaciones de la piedad diaria en sus aspectos defectuosos o ridículos —tal como a veces las devociones populares se practican— excitan la hilaridad, del mismo modo que los latines irreverentes de los goliardos o los chistes volterianos, han tenido siempre el éxito que corresponde a toda ruptura de sistema. Galdós no es irreverente en *La Fontana de Oro*. Pero el capítulo XIX: *El Abate*, vale tanto como un pródromo de futuras páginas galdosianas. Tiempo habrá un día —o no— para comentarlo. Ahora hablemos del capítulo XXXV, que se titula *El Bonete del Nuncio*.

La sastrería clerical —comenzaba el cuento— fue industria muy socorrida y floreciente en el siglo pasado. Había muchos clérigos, y,

9. Gregorio MARAÑÓN, *Amiel. Un estudio sobre la timidez*, 6.<sup>a</sup> ed., Espasa-Calpe, Madrid 1941, 272 y 276.

10. *Ibidem*, 218.

además, gran cosecha de curas, frailes, abates, «gente toda que vestía con primor y coquetería. Los que a tal industria se dedicaban obtuvieron pingües ganancias, y esto fue causa de que se dedicaran a explotarla muchos menestrales de uno y otro sexo, educados al principio en la sastrería profana. En el presente siglo la industria en cuestión estaba muy decaída, no sabemos si porque había menos clérigos o porque había más sastres». Lo cierto es que en la casa de Tócame Roque, sita en la calle de Belén, vivían dos hermanas sastras de ropas clericales, que tan sólo de higos a peras hacían algún que otro bonete para el fiscal de la Rota o para quién sabe qué capellán de palacio. Habían de contentarse como zurcidoras, modistillas y sastras —todo en una pieza—, trabajando las sargas y hopalandas del clero pobre y zarrapastrón. Muy a menos habían venido desde que en sus tiempos floridos cosían roquetes y organdíes, manteos y sobrepellices para la Primada de Toledo. Pero ya todo aquello se fue al olvido y ahora «no tenían otro amigo que el abate don Gil Carrascosa, que, según ha llegado a nuestra noticia, tuvo en sus tiempos ciertos dimes y diretes con una de ellas». Se llamaban, y todo el mundo las conocía, como las de Remolinos. Pared por medio vivía su rival: una sastra del mismo quehacer, pero con más éxito, y que tenía un amante del comercio que la visitaba todas las noches y tocaba la guitarra y cantaba hasta la madrugada sin dejar dormir al vecindario. El gato de Doña Rosalía era el instrumento que hacía patente el odio del modo más desaprensivo atravesando las paredes y ensuciando la casa de las Remolinos. Cualquier imaginación tiene ya los elementos para componer la escena: «Aconteció que un paje de la Nunciatura, feligrés antiguo de Doña Rosalía, y muy admirador de su buen color, se atrevió a aspirar a no sabemos qué honestas confianzas; picóse la dama; picóse más el paje, y al día siguiente, al traer el bonete del Nuncio para que le echaran un zurcido, en vez de dárselo a Doña Rosalía se lo entregó a las dos hermanas. Cuando Doña Rosalía supo que el bonete de la Nunciatura estaba en manos de sus rivales, le pareció que había recibido la más grande ofensa: rompió relaciones con la Curia Romana, dijo mil improperios al paje, encargó a su gato ciertas sucias comisiones cerca de las dos vecinas —comisiones que el animal cumplió con gran puntualidad—, se acercó a la puerta de las dos infelices y les dijo mil cosas estupendas, que hicieron proferir a la más vieja de las dos en su lamentación acostumbrada: Ya no hay religión»<sup>11</sup>.

Tienen razón los que piensan que Galdós tiene tal fuerza descriptiva de caracteres, que muchos de sus personajes viven en el recuerdo de sus lectores como si los hubieran visto, con más fuerza y verosimilitud

11. *La Fontana de Oro*, Aguilar, cit., 147-148.

que la que pudiera lograr la pluma histórica más detallista y amiga de pormenores. Los personajes de Galdós viven. Y eso significa ser maestro de la novela histórica. Ahora bien, cuando la novela histórica es de calidad —y las de Galdós lo son—, abunda en retazos que tienen valor de crónica. Pero ya se ha dicho que la novela, por serlo, no es en su esencia una crónica: por tanto, abunda también en multitud de recursos ahistóricos, uno de los cuales es la despersonalización. Tipos de vitrina aparecen para dar sabor y españolismo —como pimienta y nuez moscada que sazonan con su toque discreto el buen yantar—: el nuncio, el abate, el torero, el maestro, el hidalgo, la beata, el seminarista, el novicio, el alcalde, el cacique y un largo etcétera. Pero esto se percibe al máximo cuando se conoce la personalidad despersonalizada. Tipos que son, por decirlo así, como los gigantones y los cabezudos que alegran la fiesta produciendo una alegría en que coinciden mayores y niños: el alcalde y la alcaldesa, el juez y el gobernador, el gitano y el alguacil, y toda la galería de posibles funciones sociales y tipos populares. Tal es el significado del Nuncio en el capítulo del *Bonete*. Las siguientes páginas pretenden presentar al Nuncio real Giacomo Gustiniani, en sus signos de identidad. Y como en los estrechos límites de una comunicación no permiten presentarlo en su carrera seria y lograda, buscaré tan sólo dar pistas de sus señas de identidad buscándolas en sus prolegómenos de juventud y familia. Pero será más que suficiente para ver su rostro verdadero; y para mostrar experimentalmente en qué consiste la despersonalización como figura de atracción y de descanso en el relato.

## 2. GIACOMO GIUSTINIANI

El día 29 de diciembre de 1769, nació en Roma Giacomo Giustiniani. Su padre, el príncipe don Benedetto, pertenecía a la noble familia de los Giustiniani de Scio (Quíos), que en épocas pretéritas habían administrado, por derecho de conquista, la famosa isla y que se hicieron célebres como armadores, comerciantes, guerreros, prelados, escritores y políticos. Su madre, la condesa Cecilia Mahony, irlandesa, también de noble alcurnia, conocía en su abolengo o entre sus cercanos parientes, miembros del parlamento inglés, generales del ejército y embajadores prestigiosos en las primeras cortes europeas<sup>12</sup>. En esta época de fi-

12. Giustiniani se encuentran en Istria, Venecia, Chioggia, Fermo, Génova, Córcega, Cuios o Quíos o Scio y, también, otras islas egeas y derivarían todos, según la leyenda de la familia, de un origen común. De este origen común surgen dos troncos fundamentales: los Giustiniani de Venecia, que cuentan con ilustres exponentes de la historia veneciana en todos los campos, S. Lorenzo Giustiniani, primer Patriarca de la Ciudad de San Marcos perte-

nales del siglo XVIII, los Giustiniani —una de las primeras familias de la corte romana— disfrutaban todavía de sólida y brillante posición entre el patriciado de la Urbe. Procuraron, por tanto, a sus hijos una educación exquisita con escogidos preceptores.

Ya en la adolescencia, Giacomo cursó estudios en el Colegio Urbano de Propaganda Fide y, más adelante, en la Sapienza, obtuvo la Laurea «in utroque jure»<sup>13</sup>.

En diciembre de 1793, apenas cumplidos los 24 años, recibió la tonsura clerical según la costumbre de tantos hijos de la nobleza pontificia que optaban por la carrera diplomática. Pudo, así, vestir los hábi-

necia a este tronco familiar, y los Giustiniani de Génova, que se desarrollan, a su vez, en diversas ramas de las cuales la más conocida es la de los Giustiniani de Quíos. En 1362 todos, o casi todos, los accionistas de la Maona sociedad de armadores derivada de la expedición de Simone Vignoso y que, de acuerdo con el gobierno de Génova, administraban la isla de Quíos y de ella tenían el dominio útil explotando el rico comercio de almáciga, renunciaron a sus propios apellidos (Campi, Arangio, Garibaldi, Branca, etc.) para adoptar el de Giustiniani. Se unían así diversas familias en un solo apellido, denominado de la sede de la Maona, que era el Palacio Giustiniani ubicado en Génova. Típico ejemplo de fusión de familias «in albergo». Cfr. B. PAVENELLO, *Giustiniani*, en *Enciclopedia Italiana*, XVII, Roma 1949, 384; V.A. VITALE, *Giustiniani*, *Enciclopedia Italiana*, Appendice I, Roma 1950, 677678. E. PANDIANI, *Albergo dei nobili*, *Enciclopedia Italiana*, Appendice II, Roma 1950, 161.

13. Para los datos biográficos sigo a G. ALBORGHETTI, *Orazione funebre detta nella chiesa dell'Archiginnasio Romano dal... in occasione delle solenni esequie fatte dalla Accademia medesima il dì 29 di febbraio 1844 alla Ch.Me. dell'Eminentissimo Signor Cardinale Giacomo Giustiniani, Camerlengo di S. R. Chiesa*, Roma 1844; 70 páginas. Ocupa las 11 primeras páginas de este fascículo la oración fúnebre, en el primer aniversario de la muerte, pronunciada por el Conde Alborghetti, amigo personal del Giacomo Giustiniani desde los tiempos de juventud. Elaborada con acentos encomiásticos, carece de exactitud en las fechas y deja traslucir el talante grandilocuente del abogado. No obstante ofrece elementos de interés. Siguen 3 anexos. El tercero de ellos es el más interesante, pues reúne 22 cartas de estilo familiar y amistoso que revelan aspectos complementarios de la personalidad y modo de ser de Giustiniani. G. MORONI, *Giustiniani, Giacomo*, en *Dizionario di erudizione storicoecclesiastica*, XXXI (Venezia 1845) 221-226; R. RITZLER-P. SEFRIN, *Hierarchia catholica medii et recentioris aevi sive summorum pontificum, S.R.E. cardinalium, ecclesiarum antistitum series*, VII (Patavii 1968) 20, 22, 24, 37, 42, 50, 92, 146, 193, 223, 360, 382. Nótese que el *Dizionario* del MORONI, por ser contemporáneo a las personalidades y a los hechos de que aquí se trata, tiene rango de fuente impresa. Siegfried OBERMEIER, en su novela histórica *Torquemada. El alma de un siglo*, Edhasa, Barcelona 1995, que, aparte bastantes concesiones a la vulgaridad y al sensacionalismo de periodismo amarillo, evoca bastante bien ambientes y situaciones históricas (aunque sin alcanzar nunca la altura de un Galdós) describe así en su primer capítulo un almacén de los Giustiniani de Quíos en el siglo XVI: «(Cristobal Colón) se presentó en la sede comercial de los Giustiniani, una familia genovesa que ostentaba el monopolio del comercio con lantisco convertida en el verdadero propietario de la isla. (...) En un estrecho callejón detrás del puerto había una bodega cuya entrada baja pasaba fácilmente desapercibida. Bajo las bóvedas tenebrosas y alargadas se encontraba todo lo que marinos y pescadores pudieran necesitar: desde enormes anclas de plomo hasta redes de malla fina, desde un timón de madera de olivo a una rasqueta de hierro para quitar los moluscos en el dique seco. Y también había mapas, mapas náuticos y terrestres, viejos y nuevos, rasgados y pegados, precisos e inventados». Este párrafo, como todo el capítulo I, es un ejemplo de la recepción en sede novelesca de noticias históricas.

tos propios de protonotario apóstólico. Por estas mismas fechas recibió también el nombramiento de vicedelegado de Ravenna, que aunque luego se vino a menos en este tiempo, era aún provincia importante por su extensión territorial y por estar dotada de Tribunal de la Signatura Apostólica, lo cual exigía del vicedelegado una buena preparación jurídica unida a la prudencia del gobernante. Subraya Alborghetti en el Giustiniani de esta época, junto a otras cualidades, «la jovialidad, la nobleza y la dulzura de su carácter que le atrajeron el amor y el respeto de aquellos nada fáciles habitantes»<sup>14</sup>.

En 1797, a causa de la primera invasión francesa, Giustiniani tuvo que escapar de Ravenna huyendo a pie. Fue a refugiarse en Roma. Inmediatamente se le nombró gobernador de Perugia, de donde hubo de salir también en 1798. Este mismo año las tropas napoleónicas ocuparon la Ciudad Eterna el día 10 de febrero. La persecución contra los colaboradores del Pontífice comenzó desde el primer momento. «El día 13 de febrero de 1798, tres días después del ingreso en Roma del ejército francés provocando la primera caída del gobierno pontificio bajo Pío VI —contaba Mons. Consalvi, describiendo su propia situación, que fue también la de otros—, fui encerrado en el Castillo de Sant'Angelo, donde permanecí detenido unos 40 días, habiéndome sido expoliados todos los bienes de mi casa. En torno al final de marzo de 1798, fui trasladado de dicho Castillo al Monasterio “delle Convertite” para reunirme allí con otros detenidos. Aquella misma noche, fuimos conducidos a Civitavecchia por soldados franceses: desde allí, íbamos a tomar el barco que nos llevaría deportados. Dos días después, hubo contraorden, y fui de nuevo conducido por fuerzas francesas al mencionado Castillo de Sant'Angelo, donde permanecí otros veinte días, aproximadamente. Hacía el 20 de abril de 1798, en compañía de dieciocho galeotes y de otras cuatro honestas personas, fui deportado, custodiado por soldados franceses y, luego, sometido a la vigilancia de vulgares esbirros desde el Castillo de Sant'Angelo hasta el confín de Terracina, para pasar al reino de Nápoles; pero como las tropas reales se oponían a nuestro ingreso en aquel reino, permanecí en Terracina —siempre bajo arresto— por espacio de

14. G. ALBORGHETTI, *o.c.*, 5. Debe anotarse que estas palabras de Alborghetti en la Oración Fúnebre, son una apologética frente a la acusación difundida contra el Giustiniani de los tiempos de Imola. Para crear ambiente adverso al cardenal Giustiniani en el cónclave de 1831 se esgrimió contra de él, la amargura de su carácter y la violencia de sus expresiones. Parece que se trataba de exageraciones calumniosas. (Cfr. J.M. MARCH, *La exclusiva dada por España contra el Cardenal Giustiniani, en el cónclave de 1830-1831, según los despachos diplomáticos*, «Razón y Fe» 98 [1932] 5164 y 99 [1932] 4361). El estilo de Alborghetti es el adecuado a un elogio fúnebre; pero ni siquiera entonces sería admisible la insistencia sobre una virtud supuesta y contraria a un defecto ostensible del finado. El conde Alborghetti insiste en la bondad, dulzura y mansedumbre de su personaje elogiado. Aún así, el cardenal Giustiniani, a juzgar por sus escritos, no parece que fuera «un cascabel».



25 días. A fines de mayo de 1798, obtenido un pasaporte de la corte de napolitana, partí para Nápoles»<sup>15</sup>.

Tal, o parecida al menos, debió de ser la suerte de Giustiniani a juzgar por las noticias que ofrece Alborghetti: «... poco después en 1798, habiendo entrado en Roma el ejército francés, y cambiado el gobierno pontificio (Giacomo Giustiniani), tuvo el honor de ser detenido en compañía de los más ilustres personajes de aquel tiempo, tales como los cardenales Borgia, Antonelli, Somaglia; lanzada contra él la pena de deportación a Cayena para cumplir destierro, dicha pena fue conmutada por cárcel en Roma...»<sup>16</sup>.

La huida a Nápoles, a que hace referencia Moroni<sup>17</sup>, debe ser interpretada análogamente a las peripecias relatadas por Consalvi; es decir, se trasladó por necesidad a Nápoles. En la corte napolitana, donde residían los bien acomodados duques Mondragoni, hermanos de su cuñada, la consorte *principessa* Giustiniani<sup>18</sup>, decidió, ante la evidencia de las dificultades, deponer las insignias prelatías y abandonar el estado clerical: con su nueva condición pudo, según parece, entrar en Roma sin particular riesgo.

Su permanencia en la Urbe parece haberse desarrollado ahora en la tranquilidad de los estudios doctos y amenos. En esta época turbulenta durante los dieciocho meses del gobierno republicano, la Nobleza Pontificia, fue blanco de violentas imposiciones y el príncipe Giustiniani, hermano mayor de Giacomo, se vio abrumado por una enorme contribución de guerra, que supuso un golpe notable para el caudal familiar<sup>19</sup>.

Cuando a fines de 1799 los ejércitos franceses abandonaron Roma y las tropas reales de Nápoles impusieron el orden en la Ciudad Eterna, Giustiniani entró a formar parte como vocal de la Junta Provisional instaurada por el general Maselli, hasta la llegada del Pontífice.

Una vez llegado a Roma, el papa Pío VII no se precipitó a hacer tabla rasa de todas las innovaciones que se habían introducido, sino que, deseoso de introducir algunas reformas aprovechando aquella coyuntura, prorrogó la Junta Provisional de gobierno hasta el mes de octubre de 1800, es decir, cuatro meses más. Durante estos cuatro meses, Giustiniani fue presidente de la Junta por nombramiento pontificio<sup>20</sup>.

15. E. CONSALVI, *Date e memorie delle varie epoche della vita mia*, en *Memorie del Cardinale Ercole Consalvi* a cura di M. NASALLI ROCCA DI CORNELIANO, Roma 1950, 128-129.

16. G. ALBORGHETTI, *o.c.*, 5.

17. G. MORONI, *o.c.*, 222.

18. G. ALBORGHETTI, *o.c.*, 38.

19. G. ALBORGHETTI, *o.c.*, 5.

20. G. MORONI, *o.c.*, 223. Cfr. et. Despacho de Vargas Laguna al Ministro de Estado, Roma 19 de febrero de 1916, cit. por J. BECKER, *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX*, Madrid 1908, 55.

Cuando, por fin, en el mes de octubre se restableció el gobierno prelaticio, al desaparecer la Junta Provisional, Giustiniani continuó como seglar y fue admitido como caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén.

Con razón los primeros años de Pío VII han podido ser llamados «luna de miel» de su Pontificado. Quienes los vivieron, no pudieron olvidar fácilmente solemnidades como la llegada del nuevo Pontífice, la traslación solemne de los restos de Pío VI, las fiestas ofrecidas en homenaje a Murat, el solemne recibimiento hecho al Papa a su regreso de París, después de coronar al emperador Napoleón. Fueron los años del concordato y de la devolución de las provincias del norte. En torno a Consalvi se desarrollaba una corte refinada y culta. La Nobleza Romana acogía cálidamente personalidades como Chateaubriand, Canova, Giraud y toda una pléyade de intelectuales y artistas.

Es, seguramente, en esta época anterior a 1805, cuando Giustiniani viajó a Viena, París y Génova donde se detuvo largo tiempo hasta retornar finalmente a Roma. El prestigio familiar y el relativo desahogo económico, situaban de nuevo a Giacomo Giustiniani —después de las calamidades de la guerra y de la ocupación francesa—, en el ambiente de la alta sociedad. Se abría ante él un futuro tranquilo: retirado de la vida política y diplomática, se dedicaba exclusivamente al «dilettantismo»: estudio, viajes, trato con los grandes huéspedes que en aquel momento vivían en Roma. En palabras de Alborghetti, «... si bien no fueron aquellos, los años más espléndidos de su vida privada, sí que fueron los más alegres y placenteros, los más gratos y los más útiles para las letras y la amistad»<sup>21</sup>. Derecho, arqueología, numismática, coleccionismo, estudio de lenguas orientales, historia fueron durante esos años objeto de su atento estudio<sup>22</sup>. Miembro de la Arca-

21. G. ALBORGHETTI, *o.c.*, 6.

22. «Después de vuestra partida —escribe en 1896—, no he hecho ninguna consecución interesante de medallas, y estoy extrañado de que vos no hayáis podido traficar ningún cambio con las vuestras. Estad muy atentos, si alguna vez quisierais hacer alguna compra o cambio, para que no os engañen: ya que supongo, no faltarán ahí (en Venecia) pillos y falsarios, y nuestra ciencia numismática (dicho sea entre nosotros) no es todavía suficientemente amplia como para garantizarnos contra esto». Carta de Giustiniani a Alborghetti, Roma 2 de diciembre de 1806. Alborghetti, *o.c.*, 40. A lo largo de su vida logro Giustiniani reunir una importante colección que legó a su muerte al Arquigimnasio Romano: «El fue a un tiempo —decía Alborghetti— en la oración fúnebre teólogo, jurista, juspolicista, arqueólogo, literato y deja una escogidísima y rara biblioteca al Seminario de Albano, y una pingüe colección numismática griega y romana, última preciosa donación a este Arquigimnasio. Él fue también políglota, dominando no sólo las lenguas modernas, inglés, francés, español, sino también las lenguas doctas orientales como el griego, el latín, el árabe y el hebreo». *Orazione Funebre*, cit., 10. Olvida Alborghetti, en la oración fúnebre, que Giustiniani también conocía el alemán, de no ser que quiera insinuar que no llegó a dominarlo. *Orazione Funebre...*, cit., 42, 46.

dia<sup>23</sup>, asiste también a los salones, participa en academias privadas, en tertulias con artistas, intelectuales y grandes «dilettanti».

El talante de aquellos encuentros y el estilo con que se desarrollaban queda, en cierto modo, reflejado en el elenco de cuestiones preparado por Giustiniani para una de las conversaciones que se tenían en casa de Bompiani, donde se reunían, en academia privada, muchos intelectuales romanos prestigiosos y personalidades de rango como el príncipe Chigi. Versaban dichas conversaciones sobre temas de derecho, arqueología, historia y crítica histórica. Giustiniani era el secretario, que preparaba por oficio, tras cada disertación, un cuestionario para discutir. A decir verdad, el apellido Giustiniani tenía tradición desde los primeros tiempos de la fundación de la Arcadia: se conserva el esbozo a pluma del teatro de madera que se levantó en la Villa Giustiniani fuera de la puerta de Piazza del Popolo, para celebrar la reunión del *Bosco Parrasio* de 1705<sup>24</sup>. Alborghetti recuerda los puntos de discusión y las objeciones referentes a su propia disertación tenida sobre «César en las Galias». Puntos de debate preparados, claro está, por Giustiniani. He aquí alguno: «I. Se trata de que cada uno de nosotros presente por escrito un juicio sobre los excelentes relatos de César, comparándolos con otros escritos contemporáneos en cuanto a sencillez, claridad, estilo y sinceridad histórica, indicando acerca de cada una de estas cualidades, quién se le puede igualar, quién le supera, quién va a la zaga. VI. ¿Por qué César se mostró contrario a llamar del exilio a Cicerón? ¿Tenía miedo de Cicerón? o ¿era por el bien público? O ¿tal vez por venganza? VIII. Cómo definir el carácter de un Cicerón, que se decide a cambiar su actitud contra César mostrándose siempre adherido a su partido, mientras, seguramente, no aprobaba su conducta»<sup>25</sup>.

23. La Arcadia era la academia romana de más rango. Fundada a la muerte de la ex-reina Cristina de Suecia (1689) por los literatos, poetas e intelectuales que solían reunirse con ella en parnasiana corte, en sus salones de Roma, tuvo su época de esplendor en la primera mitad del settecento, cuando, debido a la labor y prestigio literarios de Frugoni, y de otros «arcadios», cristalizaron las cuatro formas líricas fundamentales de la literatura italiana del XVIII: soneto descriptivo-narrativo, canzonetta, canciónoda, endecasílabo suelto, dando origen, luego, al neoclasicismo de la segunda mitad del XVIII. En la primera mitad del XIX, la reacción romántica contra el neoclasicismo proliferó en abundantes comentarios peyorativos contra la Arcadia que, a pesar de todo, seguía siendo la más importante academia romana. En 1925 se transformó en la «Accademia letteraria italiana», que subsiste hasta nuestros días. El cardenal Consalvi también era miembro de la Arcadia. Cfr. G. NATALI, *Arcadia*, en *Enciclopedia Italiana*, IV Roma 1949, 89.

24. Se llamaba *Bosco Parrasio* el lugar donde se reunía cada vez la Academia de la Arcadia. Tanto el lugar como los miembros, tenían su propio nombre bucólico. Por fin se fijó la sede del *Bosco Parrasio* en la ladera bellísima del Gianicolo. Cfr. Cesare D'ONOFRIO, *Roma val bene un'abiura. Storie Romane tra Cristina de Svezia, Piazza del Popolo e l'Accademia d'Arcadia*, Fratelli Palombi Editori, Roma 1976, 272-273. Cfr. Et. G. NATALI, *Arcadia*, cit., *ibidem*.

25. «Discussioni sulla dissertazione del signor conte Alborghetti pronunciata ai 13 gennaio. Conversazione settima. "Cesare nelle Gallie"». G. ALBORGHETTI, *o.c.*, 43-45.

Sus amistades de aquella época eran numerosas. Mezzofanti, el que llegaría a ser conocido como *Pentecostés viviente* —por su poliglotismo—, futuro cardenal, era uno de los que distinguían a Giustiniani con su trato deferente. La no menos célebre Madame de Staël era en Roma, atracción indispensable de las recepciones y reunía en torno a sí, amplia corona de admiradores. De ella se dice que era «dama de salón, brillante, cosmopolita, abierta a las ideas nuevas, a la vez que apasionada, sedienta de gloria y de adulación, injusta o discutible, cuando no ridícula en muchos de sus empeños»<sup>26</sup>. Giustiniani acudía frecuentemente a la corte literaria de la baronesa: de ahí, alguna broma de Alborghetti señalando tal vez su amor arrebatado por la dama ginebrina. Por eso, escribe en postdata: «Mi amor por Madame de Staël es violento hasta tal extremo que era el único punto de vuestra carta que ya olvidaba responder. En vista de lo cual habréis de deducir que mi amor era moderado y que mis planes eran igualmente honestos»<sup>27</sup>.

En todo caso Madame de Staël constituía de por sí un reto a la virilidad de sus circunstantes y también de los soñadores. Amiel decía: «Tendría un placer extraordinario en estudiar a Madame de Staël, como mujer, a través de mi experiencia actual». ¿Es que el «eminente profesor» la intuía como su correlato femenino? Si lo pensaba así, no le faltaba razón. Marañón también lo veía probable: «La idealización del padre puede, como es sabido, conducir a la mujer a una situación parecida, de verdadera encrucijada del instinto, desde la cual puede tomar la vía de la intersexualidad o de la poliandria insaciable. Para citar ejemplos suizos podemos recordar a Madame de Staël, en cuya vida amorosa, errabunda y nunca satisfecha, debió de influir la huella profunda, que en su arquitectura instintiva dejó su padre. En la historia de la vida de esta mujer se encuentran muchos datos que confirman esta hipótesis»<sup>28</sup>.

Las relaciones entre el Papa y Napoléon se fueron haciendo cada vez más tensas. El orden civil se iba deteriorando y las noticias que llegaban a Roma sumergían a Giustiniani en presagios tristes: «Vos —escribía a Alborghetti— estáis más cerca que yo del centro de las noticias. Este país no presenta más que homicidios, cada día más frecuentes. La guerra parece estar ya decidida y su teatro será nuestra desventurada Italia. Ayer precisamente ocurrió esta anécdota: había un acto académico de geografía que se celebraba en el Colegio Clementino; un cardenal preguntó a uno de los

26. El juicio tan duro es de A. CIORANESCU, *Madame de Staël*, en GER, XXI, Madrid 1975, 53-54. Anne Louise Germaine Necker, nacida en París el 22 de abril de 1766. Baronesa de Staël Holstein, hija del célebre banquero ginebrino, y ministro de Luis XVI durante su permanencia en Italia, escribió su «Corinne». Murió en París, el 14 de julio de 1817. Influyó, sobre todo con su actitud, en la formación de la ideología romántica.

27. Carta de Giustiniani a Alborghetti, Roma 21 de setiembre de 1805. G. ALBORGHETTI, *o.c.*, 36.

28. G. MARAÑÓN, *o.c.*, 68 y 257, nota a pie de página.

pequeños alumnos del colegio, por la figura que Italia desempeñaba en Europa, a lo que respondió el pequeño: “una bota de soldado”<sup>29</sup>.

Dos meses más tarde muestra de nuevo, en otra carta, su preocupación: «Se han esparcido noticias confusas, en este rincón del mundo, según las cuales los franceses van consiguiendo nuevas victorias; pero ante la posibilidad de que sean inventadas o, al menos exageradas, espero con ansia vuestras noticias en el próximo correo para saber con certeza la verdad»<sup>30</sup>. La ocupación francesa de las provincias vino, en efecto, a turbar la paz de la vida romana y finalmente, el 2 de febrero de 1808, las tropas imperiales ocuparon Roma y más tarde, la noche del 5 al 6 de julio de 1809, el general asaltó el Quirinal. El Papa salió cautivo hacia un prolongado destierro.

A pesar de la gravedad de las circunstancias, hasta fines de 1808 Giustiniani parecía, externamente, continuar con su vida descomprometida, procurándose la distracción que ofrecían los sucesos de sociedad, al margen completamente de las vicisitudes del gobierno pontificio<sup>31</sup>. A partir de este año augural —el 1808—, en que Napoleón extendió la guerra a España (y muy pronto iba a hacerlo también a Rusia) y hasta 1814, Alborghetti no brinda noticia alguna. Pero el hecho de que en 1814 fuera designado Giustiniani para formar parte de la comisión de nobles que, en representación del pueblo romano, salió a recibir al Papa que volvía del destierro<sup>32</sup>, permite colegir el acrecido prestigio propio de quien a través de las dificultades ha perseverado en inquebrantable lealtad al Pontífice.

El deterioro de la hacienda familiar de los Giustiniani, iniciado ya en los años de la primera ocupación francesa, como ya hemos visto, parece haber adquirido proporciones ostensibles durante la segunda ocupación, 1809-1814. Todavía en 1805, había escrito Giacomo estas líneas, de las que se desprende un cuadro de nostalgia —excesiva—, incluso pese al ambiente señorial que le circunda: «La vida que llevo se desarrolla muy a tenor del humor de que disfruto. Debo confesar que siento inclinación por este lugar, donde ha transcurrido placenteramente gran parte de mi infancia. Cuando el ardor de la juventud y de las pasiones se mitiga, aparece cierto sentimental placer al recordar los objetos de la adolescencia. Los extremos se tocan y, del mismo modo que en la porción física del ser humano, la ancianidad se parece de algún modo a la infancia, así también ocurre en la esfera psicológica: la vejez facilita el retorno a aquellos mismos afectos que conoció la más

29. Carta de Giustiniani a Alborghetti, Roma 21 de setiembre de 1805. G. ALBORGHETTI, *o.c.*, 36.

30. Carta de Giustiniani a Alborghetti, Roma 13 de noviembre de 1805. ALBORGHETTI, *o.c.*, 38.

31. ALBORGHETTI, *o.c.*, 46.

32. Cfr. *Ibidem*, 6.

fresca juventud. Pero, dejando ya de lado estas reflexiones que reconozco ser demasiado anticipadas para mí y, sin hacer caso de mi amor propio, cierto es que me resulta grato este lugar. El duque de Mondragoni, que ya lleva aquí bastantes días, también se encuentra feliz. La ciudad, en efecto, está mal construida y su situación no es buena; pero alojados como estamos nosotros, bien podemos permitirnos olvidar lo que hay de feo en el lugar y de desagradable en su clima: ya que nuestro palacio, a diferencia de todas las demás casas, es muy grande y sus muros gruesos y sólidos. El jardín..., difícilmente se encontraría en otro lugar uno tan hermoso y cómodo: los paseos y los campos no son tan solitarios como los de Roma; pero tampoco tan concurridos que puedan molestar a un caminante sentimental: todo eso contribuye a hacerme extremadamente grata esta temporada de descanso»<sup>33</sup>.

Todavía hoy se puede admirar el Palazzo Giustiniani, que domina con su mole el paisaje de Bassano di Suttri, título principesco de la familia. De abolengo bajomedieval, es de planta cuadrilátera, severo e imponente; con logias cinquecentescas, fastuoso salón del trono llamado también de los Césares, por los doce bustos marmóreos que flanquean su entrada con hermoso hogar en piedra, ricos y suntuosos salones decorados con frescos de los Zuccari, del Albani, del Domenichino. A este último y no a Albani, como asegura Alborghetti, se debe la famosa sala de Diana, con escenas del ciclo mitológico de la diosa. De Albani, sin embargo, es el comedor, sin duda la estancia más suntuosa de todo el palacio. Desde este palacio escribía Giacomo Giustiniani las líneas precedentes con nostalgia de su niñez y primera adolescencia. Familias de tan glorioso abolengo no podían pasar inadvertidas en épocas de ocupación<sup>34</sup>.

Es verdad que la ocupación francesa había sido bien acogida por gran parte de la nobleza pontificia y de la alta burguesía en espera de ventajas y de novedades. Pero a pesar de las fiestas y espectáculos, de las recepciones que congregaban en los salones de Miollis y de Tournon a los herederos de las grandes familias papales y a los representantes de la intelectualidad y de la nobleza, el pueblo romano no se dejaba convencer. Quien haya disfrutado de la itálica sagacidad de Tomasi di Lampedusa<sup>35</sup>, sabrá enten-

33. ALBORGHETTI, *o.c.*, 37.

34. Cfr. F. BAUMGART, *Bassano di Sutri* en *Enciclopedia Italiana* VI (Roma 1949), 339.

35. Giuseppe TOMASI DI LAMPEDUSA, *Il Gattopardo*, 22.<sup>a</sup> Ed. Feltrinelli, Milano 1959. Giuseppe Tomasi, duque de Palma y príncipe de Lampedusa, era primo del poeta Lucio Piccolo di Campo Orlando. El *Gattopardo* es la única novela que escribió y publicó al completo. Auténtico *capolavoro* de novela histórica, transmite con genial agudeza perceptiva la sensibilidad de una realidad social y política: la de la Italia de la unificación. Pero en su captación profundamente humana, con pluma magnífica, logra lo que las grandes creaciones literarias, es decir: valor epopéico y universal. El impermutable pulso de las familias nobles de la gran península mediterránea es evocado cuantas veces se retorna a esas páginas, y su valor alcanza no sólo la época de las peripecias garibaldescas, sino el gran tracto de la modernidad italiana reciente.

der el paradójico comportamiento de una conducta nobiliaria italiana, que reconcilia en sí misma el fluir de lo cambiante y el perdurar de cuanto significa ser «sí mismo». Las familias adictas al Pontífice se vieron gravadas por las fuerzas de ocupación de modo especial. El copioso caudal de los Giustiniani, les permitió prolongar el esplendor del propio rango<sup>36</sup>. No obstante, las cosas llegaron a estar tan mal, que con razón se puede hablar de una verdadera quiebra de la economía principesca y que en la intimidad de Giacomo, que había entrado ya en sus «cuarenta», gravitó acerbamente la conciencia de la destrucción de su casa. De hecho, cuando pasados los años —a su vuelta de España—, escribió de nuevo a su amigo Alborghetti desde la patria que le vio nacer, le manifestó su fatiga y su doloroso desengaño, y con senequista sinceridad le confesó, sin ambages, cuánto pesó en su decisión de volver a la carrera diplomática aceptando para ello el estado eclesiástico, la situación económica a que su familia había quedado reducida. «Me creeréis, pues, sincero cuando os aseguro que, sin la total destrucción de mi casa, jamás hubiera pensado en reemprender en una edad ya provecta una carrera que debía arrancarme de aquella vida privada, tranquila y aplicada que siempre he preferido a cualquier otra. Pero debemos conocer la Voluntad de Dios a través de las circunstancias en que nos pone y, en consecuencia, adorarla y cumplirla; pero no hablemos más de esto»<sup>37</sup>.

No es posible pormenorizar el trayecto seguido por Giustiniani durante los tres primeros años de restauración consalviana. Excedería los términos razonables de una comunicación. Baste decir que reasumió el estado clerical y el servicio al gobierno de los Estados Pontificios hasta que el propio Pío VII le pidió aceptar la Nunciatura de España. Aquí —en Madrid— entró en 1817. La primera impresión de la capital española no fue entusiástica: «De esta ciudad, en la que estoy hace ocho días, poco puedo hablaros puesto que me he dedicado hasta ahora a visitas y cumplimientos. Sí puedo deciros que es más bien grande, que tiene hermosos trazados, aunque también los tiene feos, y que está un poco descuajaringada. Lo que más desagrada es comprobar que de ella ha sido totalmente desterrada la elegancia, tanto en la manera de vestir, como en las tiendas, en las casas, en las carrozas que son de un modelo de, por lo menos, hace medio siglo»<sup>38</sup>.

No hace falta imaginar lo que Galdós hubiera pensado de las carrozas de aquella época del Madrid de Giustiniani: «Lo menos veinte veces al día —escribe— pasaban por esta calle (la carrera de S. Jeróni-

36. Cfr. ALBORGHETTI, *o.c.*, 48.

37. Carta de Giustiniani a Alborghetti, Roma 7 de julio de 1827. G. ALBORGHETTI, *o.c.*, 48. *Ibidem*.

38. ALBORGHETTI, *o.c.*, 65-66.

mo) las carrozas de los grandes que en las inmediaciones vivían. Estas carrozas, que ya se han sumergido en los oscuros abismos del no ser, se componían de una especie de navío de línea, colocado sobre un armazón de hierro; este armazón se movía con la pausada y solemne revolución de cuatro ruedas, que no tenían velocidad más que para recoger el fango del piso y arrojarlo sobre la gente de a pie. El vehículo era un inmenso cajón: los de los días gordos estaban adornados con placas de carey. Por lo común, las paredes de los ordinarios eran de nogal bruñido, o de caoba, con finísimas incrustaciones de marfil o metal blanco. En lo profundo de aquel antro, se veía el nobilísimo perfil de algún prócer esclarecido o de alguna vieja esclarecidamente fea. Detrás de esta máquina, clavados en pie sobre una tabla y asidos a pesadas borlas, iban dos grandes levitones que, en unión de dos enormes sombreros, servían para patentizar la presencia de dos graves lacayos, figuras simbólicas de la etiqueta, sin alma, sin movimiento y sin vida. En la proa se elevaba el cochero, que en pesadez y gordura, tenía por únicos rivales a las mulas, aunque éstas solían ser más racionales que él»<sup>39</sup>.

## CONCLUSIÓN

De nuevo nos encontramos al Galdós jacarandoso, jocundo. Cuando él escribía *La Fontana de Oro* habían pasado cuarenta años, o poco más desde que Giustiniani saliera desde Madrid de vuelta a Italia. La política engulle tantas veces a sus hijos como el mismo Cronos. Salió Giustiniani de España y le acompañó la antipatía que había suscitado con su opción en pro de la restauración y en contra del liberalismo. Se le puso el veto en el cónclave de 1831, próximo a su elección como Pontífice. Pero Galdós —que percibía tantas cosas tan bien— no necesita ahora recordar estos extremos. En sus páginas, prácticamente, no salen obispos históricos personalizados. Tal vez, tampoco podían salir: «porque la dignidad episcopal vivía más aislada en sus palacios, en el siglo pasado, y era difícil a un laico penetrar en su psicología»<sup>40</sup>. «Para mí —decía Gabriel Miró—, un obispo era un pectoral, un anillo, con una piedra preciosa, un báculo y una mitra, todo entre cirios de un altar con los mejores manteles y floreros, o guardado quietecito en su palacio»<sup>41</sup>.

En todo caso, el Nuncio del Trienio Liberal no era el objeto de la atención de Galdós en *La Fontana de Oro*.

39. B. PÉREZ GALDÓS, *La Fontana de Oro*, en *Obras Completas*, 1, Ed. Aguilar (Madrid 1973), 14.

40. I. ELIZALDE, *Pérez Galdós y su novelística*, Publicaciones Universidad de Deusto, Bilbao 1981, 101.

41. Cit. *Ibidem*, nota 32. Recuérdesse, en este mismo sentido, el cuadro de J. Gutiérrez Solana, *Visita del obispo*, Museo Español de Arte Contemporáneo, Madrid.